

LA INVESTIGACIÓN EN HISTORIA MILITAR

Alfredo López Serrano
Organización de Estados Iberoamericanos
Jornadas sobre el patrimonio cultural del Ministerio de Defensa
Madrid, 8 de noviembre de 2004

Un panorama amplio y neblinoso

Espero que mi trabajo sea un acicate para el encuentro y el intercambio de experiencias, y con ello contribuya a reducir la soledad a la que muchas veces se ve abocada la persona que se dedica a la investigación en historia militar.

Confío en aportar un esbozo de la situación actual de la historia militar, las principales líneas de trabajo, los principales fondos documentales y los problemas con que se encuentra el investigador, para finalizar con una reflexión sobre lo que puede significar hoy la historia militar, y cómo ligarla a la educación para la paz en nuestras aulas de secundaria.

La historia militar atraviesa actualmente un período de gran actividad en España, comparable al de otros ámbitos tradicionales de la investigación histórica. Esto significa tal vez que se van superando las carencias cuantitativas que por razones de tipo ideológico se produjeron en los años 50 y 60: muchos de los jóvenes historiadores de entonces rechazaban cualquier cosa que tuviera que ver con el militarismo de la época franquista, y buscaron afinidades en la historia social, en la económica o en los aspectos culturales y dejaron que los estudios militares languidciesen estancados en una concepción tradicionalista: batallas, uniformes, espíritu castrense. No había crítica ni posible contestación al pasado heroico militar español y decir lo contrario hubiera sido rondar la traición.

Todo aquello terminó y en los primeros lustros de la transición pudieron comprobarse los primeros síntomas de renovación y puesta al día de estos estudios. Asistimos hoy día a la continuación de esta renovación, en primer lugar dentro de los propios militares, que siguen siendo el núcleo duro, numéricamente hablando, de los investigadores. A mi entender, el nivel de intrusismo de los civiles en estos temas es relativamente bajo, si se compara con lo que está sucediendo con otras áreas de la investigación histórica reservadas a un grupo reducido de especialistas, como la historia de la Iglesia o de la Educación.

Lo cierto es que estamos en un tiempo en la que los límites entre las disciplinas científicas, mucho más entre las submaterias, son muy difusos. Se produce en la actualidad una redefinición de los lindes de los objetos de estudio que es lo mismo que decir redefinición de los contenidos, lo que supone un evidente enriquecimiento frente a los viejos modelos de pensamiento y de investigación. Por eso, el intrusismo, si es que podemos denominarlo así en este contexto, pues ciertamente la defensa es cosa de todos, ha sido muy productivo, ya que no sólo se estudia la guerra, sino toda la sociedad que gira a su alrededor. Desde esta nueva perspectiva aparece un número ilimitado de nuevas miradas como infinitos radios que convergen en un fenómeno, el militar, que termina siendo matizado

enormemente: visiones antropológicas, prensa militar, mentalidades, situación en los cuarteles, estudios jurídicos, demografía, antropometría, análisis social de la *militaria*...

Un ejemplo de este “intrusismo”: José María Solé i Sabaté y Joan Villaroya: *España en llamas. La Guerra Civil desde el aire*. Temas de hoy, Madrid, 2003 (Muy importante en este caso la información obtenida del Archivo Histórico del Ejército del Aire, pues se refiere al papel de la aviación en la Guerra Civil, una superioridad de los nacionales, evidente en el estudio de los documentos del archivo, que fue clave en el desarrollo de la Guerra).

Al calor de la previsible conmemoración el año que viene de los 70 años del comienzo de la Guerra Civil, no han dejado de proliferar nuevos estudios sobre la guerra, amplísimas tiradas de libros que pueden comprarse en librerías y quioscos, numerosas alusiones en revistas, documentales y programas de televisión: la opinión pública toma partido de nuevo, pues sin olvidarse, sin poder olvidarse los traumas de la Guerra Civil, seguía prevaleciendo en código de silencio que se impuso en la Transición, lo que suele suceder en las transiciones para facilitar su viabilidad.

La Guerra Civil vuelve a descender a la arena política, unos y otros lanzan sus análisis y consignas para hacer frente a la curiosidad de las nuevas generaciones. Las derechas vuelven a esgrimir viejos argumentos con un nuevo lenguaje y nuevas caras, algunas procedentes de una mala conciencia un culpable pasado izquierdista, como Pío Moa. Otros desentierran, literalmente, los muertos, y luchan por recuperar la memoria perdida en aras de la democracia y la convivencia. Se exige restaurar la dignidad pisoteada, que los derechos humanos se reinstauren con respecto al pasado. Vuelven a oírse voces sobre los torturados en las checas, pero se exige a la Iglesia que retire sus placas, aún tan frecuentes en muchos pueblos de España, con los caídos sólo de un lado. Se publican testimonios nuevos, se realizan entrevistas a una generación que está desapareciendo.

Han cambiado también los temas. La tradicional historia militar o por mejor decir, el prototipo de estos estudios, era un estudio táctico o estratégico concreto sin conexión con la política del momento o los principios sociales e ideológicos que lo circundaban. Sin embargo hay notables excepciones de esto, y especialmente hoy día se produce la integración del estudio con acontecimientos no estrictamente militares, lo que sin duda es un claro síntoma de la permeabilidad e intercomunicación entre la milicia y el resto de la sociedad. Un ejemplo de ello es el libro de Jorge M. Reverte: *La Batalla del Ebro*. Crítica, Barcelona, 2003, en donde se habla de ese contexto que rodea el acontecimiento bélico.

Aquellos pocos historiadores civiles que investigaron y publicaron sus trabajos en los años sesenta han visto cómo aquellas intuiciones han dado pie a verdaderas líneas de investigación. Es el caso de Nuria Sales con su *Sobre esclavos, reclutas y mercaderes que quintos*, que ha producido varios trabajos como el de Albino Feijóo (Quintas y protesta social en el siglo XIX), de un rigor encomiable.

El recientemente fallecido Javier Tussell escribía poco antes de su muerte sobre el “retorno de la historia militar” (*El País*, 11 de octubre de 2003). No sé si será para tanto o que tal vez la historia militar se está integrando decididamente en el resto del estudio devenir histórico, no como en mis tiempos de estudiante, cuando sólo se estudiaban las

causas y las consecuencias de las guerras, pero se obviaba su desarrollo y los pormenores estratégicos.

Pero el tránsito es difícil. La historia militar, como indica Pablo González-Pola de la Granja, no ha conseguido la renovación científica que han tenido otras especialidades de la Historia, como la historia económica, la de las instituciones o de las estructuras sociales en general. Pero así como el historiador ha tenido que contar con economistas, juristas o sociólogos, o adentrarse en esas disciplinas él mismo, no podrá hacerse historia militar sin contar con la experiencia y el conocimiento del objeto de estudio que tienen los militares. En contrapartida, claro está, los militares tendrán que sacar su mirada de los cuarteles para entender la historia militar y si pretenden crear una sensibilidad social sobre la necesidad de una adecuada política de defensa (no es su labor, pero parecen solos en el intento), no lo podrán lograr sin la participación de los profesores, particularmente de secundaria.

La Guerra Civil y el Franquismo siguen siendo momentos claves en la España del siglo XX, y sus diversas interpretaciones siguen generando pequeños roces y algunos malos entendidos e incomunicaciones entre el ejército y el resto de la sociedad, muchas veces por los arraigados prejuicios que nos impiden el diálogo, “ruidos” que conducen a malas interpretaciones de las voluntades de la otra parte. Para nuestro propósito, este fenómeno distorsiona claramente la investigación histórica y sobre todo la difusión de sus resultados. Tal vez tengan que salir todas las cuentas pendientes y ponerse sobre la mesa, las viejas rencillas, los malos entendidos, las acusaciones que siguen sufriendose en silencio. Poco a poco, éste puede ser el papel de los historiadores, limpiar poco a poco las purulencias de la herida, aunque sepamos que hacer historia militar significa, en este país de bandos con cerradas disciplinas de partido, que te vas a ganar enemigos en la izquierda, y que no vas a ganarlos en la derecha, sobre todo cuando lean tu investigación si ésta es imparcial. Pero esperemos que esa dialéctica esté superada y triunfe la independencia de criterio, que debería ser característica esencial, por otra parte, de la labor de todo historiador que se precie de serlo.

Otro esfuerzo de acercamiento es la creciente colaboración entre academias militares y universidades. Durante una semana se cambian los papeles: los futuros cadetes acuden a la universidad y los futuros abogados, ingenieros, economistas reciben clases en los centros militares. El acercamiento es necesario, porque el alejamiento es peligroso. La supresión del servicio militar obligatorio (no olvidemos que fue un logro de las democracias modernas) obliga a otras formas de control social sobre el ejército, para evitar, como en algunos momentos de la historia de los Estados Unidos, que el ejército controle demasiado a la sociedad.

Mi caso puede ser paradigmático de cómo te puedes encontrar con la historia militar, sin quererlo, pero de forma inevitable si no se quiere perder riqueza en la investigación. Yo llegué a la historia militar desde el campo de la historia de las mentalidades. Al terminar la carrera me interesé por la nobleza en el siglo XIX, una clase presuntamente desbancada, pero protagonista en la novela de aquel siglo y referente en la mentalidad del resto de la sociedad. Después estudié prosopografía, es decir, el intento de biografar a personajes colectivos: me interesaban los nobles que habían llegado a serlo, y más tarde la historia textual, con lo que me di de bruces con el manifiesto del marqués de Polavieja, y de ahí pasé a estudiar su actividad política y, sobre todo, militar.

Aquella investigación me acercó al conocimiento del ejército de un momento tan importante para la formación de la mentalidad militar como fue la Restauración. Los militares tenían una tradición importante como historiadores de su propia institución, casi el monopolio si descontamos importantísimas excepciones. Esta tendencia al estudio de la historia militar por parte de los oficiales se puede considerar un contraataque contra los intelectuales, pues el ejército se sentía acusado por ellos y por la opinión pública de los desastres del 98. En torno a la Semana Trágica hubo un verdadero aluvión de publicaciones proveniente de la pluma de militares. Pero esto no contribuyó a evitar el alejamiento progresivo entre ejército y sociedad civil, o si se quiere, entre ejército y política. La alianza de la institución castrense con la monarquía, resultante de este alejamiento, haría difícil la situación del ejército durante la dictadura de Primo de Rivera y también durante la República, sobre todo teniendo en cuenta los cambios inspirados por Manuel Azaña, perfectamente estudiados por el líder republicano pero no admitidos por sectores importantes del ejército.

El franquismo y su persecución contra un sector clave de la intelectualidad cerró el camino para los estudios sobre historia militar de los investigadores, de nuevo con honrosas excepciones. Y esto significó un empobrecimiento, pues leyendo las hojas de servicio es posible reconstruir buena parte de la Historia de España (así como de Cuba y de Filipinas), y permíteme la exageración, fruto de la vívida sensación que se tiene cuando se estudian los archivos militares. Actualmente, la mayoría de las universidades tienen alguna línea de investigación sobre Historia Militar y tienen suscritos acuerdos de colaboración con el Ministerio de Defensa. Las colaboraciones, por otra parte, son diversas, entre ellas la ayuda para la catalogación de los fondos documentales.

Además parece innegable que ha mejorado el estilo de presentar los resultados de las investigaciones. Desde la monotonía en la descripción de la batallas, inevitable casi cuando el investigador toma conciencia de que es el primero que lo hace, o por afán de exhaustividad, lo que a veces viene provocado por la propia documentación, tremendamente burocratizada, hemos pasado no ya a una mayor legibilidad para el público no erudito, sino incluso a una concepción casi novelística de los fenómenos militares, en lo que no hay que desdeñar las concomitancias y la emulación que puede suscitar la novela histórica de protagonismo militar, que es, por cierto, de cierta consideración.

Líneas de estudio en Historia militar

La más completa clasificación sobre temas militares podemos rastrearla en las publicaciones que sobre estos asuntos se han llevado a cabo. Sin duda, la Guerra Civil ha sido el tema que mayor número de publicaciones ha generado. Después de ella, la *Bibliografía militar española*, libro editado por el Ministerio de Defensa en 2001, recoge todas (no es exageración) las publicaciones sobre temas militares entre 1939 y 2000, y allí se distinguen los siguientes apartados, casi todos relacionados realmente con la Historia militar:

Defensa y seguridad
Fuerzas Armadas
Teoría y arte de la guerra
Estrategia

La Investigación en Historia militar

Táctica
Logística
Armamento y material
Ciencia y técnica
Geografía
Derecho y administración
Cultura
Militaria
Historia Universal
Historia de España

Por su parte, Pablo González-Pola de la Granja clasifica el estudio de la Historia militar propiamente dicha en los siguientes apartados:

- Historia política militar
- Historia social militar
- Historia bélica o del combate
- Historia de la tecnología, la industria y la economía militar
- Biografías y memorias militares
- Militaria histórica

En cuanto a los temas dentro de esta última categoría son de lo más variopinto y pintoresco:

Historia de los uniformes
Estética militar
Música militar
Bigotes militares
Farmacia, medicina militar
Tipología de armamento y fortificaciones.

Aunque muchas veces estos estudios pueden parecer puramente anecdóticos, ya se está dando el salto de pasar desde los símbolos al análisis social y antropológico.

Otros campos de estudios tienen grandes pretensiones científicas:

El lenguaje militar
Psicología militar
Relaciones internacionales
Corresponsales de guerra
Comunicaciones
Historia oral
Rastros familiares
Topografía
Biografías de militares
Alfabetización de la tropa
Estudios sobre las quintas y el significado del servicio militar a lo largo de la Historia
Mediciones antropométricas

Un aspecto especialmente interesante son las relaciones con la iglesia católica y la mentalidad cristiana. El soldado, así se presenta en el siglo XIX, es una metáfora del sacrificio de Cristo por el resto de la sociedad. Los valores cristianos están en la mente de los soldados, incluso los que destacan por una ideología revolucionaria o liberal. La presencia de la Iglesia en las actividades militares es notoria, con sus capellanes con graduación militar, su obispo castrense y el papel que tenían reservado para la concienciación patriótico-religiosa de la tropa y en el ritual militar.

Muchas de estas líneas de estudio se abordan mediante acuerdos de colaboración entre el Ministerio de Defensa y más de veinte universidades y otros organismos, en nuestro caso la Asociación Española del Profesorado de Historia y Geografía, a través de cursos, ciclos de conferencias, másters, proyectos de investigación, foros permanentes o tesis doctorales. Particularmente novedoso es la llamada Fase Interacademias, consistente en un intercambio entre estudiantes de la Universidad Carlos III y cadetes de todas las academias militares.

Fuentes de información y documentación militar en España

La documentación militar original está muy dispersa, pues en cada cuartel y casi en cada destacamento hay nutridos archivos históricos. Sin embargo, algunos lugares son de consulta obligada y a ellos nos vamos a referir. En algunos es un lujo estudiar, como en el Alcázar de Segovia. Al pasear por allí uno se siente algo especial, teniendo en cuenta un rico patrimonio que normalmente está preservado del plástico que hoy adorna todas las oficinas. Particularmente, no me molesta la sensación de pobreza que transmiten, pero resulta descorazonador que de las partidas del presupuesto de Defensa muy pocas vayan a parar a estos establecimientos de estudio.

Archivos

La masa de documentación se encuentra en los siguientes archivos:

- Archivo General Militar de Segovia (expedientes de oficiales y jefes)
- Archivo del Servicio Histórico Militar de Madrid (fondos diversos, documentación colonial)
- Archivo General Militar de Guadalajara (expedientes de tropa y suboficiales).
- Archivo del Museo Naval
- Archivos de los mandos regionales militares
- Archivos del Museo del Ejército y de los museos regionales militares.

Pero también hay una pequeña multitud de archivos donde encontramos, a veces importantes e inesperados encuentros con lo militar:

- Archivo de la Cruz Roja española (por su afinidad inicial con lo bélico)
- Archivo del Palacio Real (Cuarto militar del Rey y de la Reina...)
- Correspondencia con militares en archivos particulares (Archivo de la Fundación Maura)
- Archivos de Protocolos Notariales (Herencias particulares de militares).

La Investigación en Historia militar

En otros casos no es una sorpresa el encuentro con abundante documentación sobre temas relacionados con el ejército, por el importante papel de lo militar en la articulación del Estado o por lo específico de su dedicación a temas bélicos:

Archivo General de Indias en Sevilla
Archivo Histórico Nacional de Madrid
Archivo Histórico Nacional, sección Guerra Civil, de Salamanca
Archivo General de Simancas (Edad Moderna)
Archivos Municipales: documentos sobre la formación de milicias nacionales.

Para completar la imagen de la Historia de España es imprescindible consultar los archivos de América Latina y los de los Ministerio de Asuntos Exteriores (tanto en España como en los correspondientes de París -*Quai d'Orsai*- y Londres -*Foreign Office*- aunque no pueden excluirse otros más alejados, dependiendo del tema que se trate, San Petersburgo, Roma, etc.)

Publicaciones periódicas militares españolas

Interesantes desde muy diversos puntos de vista, sobre todo en lo referente a la mentalidad militar (según nos recuerda Pablo González-Pola de la Granja):

Cuadernos de la Guardia Civil
Diario Oficial de Ministerio del Ejército
El Correo Militar
El Criterio Liberal del Ejército
El Ejército Español
El Memorial de Artillería
La Asamblea del Ejército
La Asamblea del Ejército y la Armada
La Correspondencia Militar
La España Militar
La Ilustración Militar
La Revista Militar
Memorial Científico y Literario del Ejército y la Armada
Memorial de Ingenieros
Memorial de Infantería
Militaria
Ejército
Revista Científico Militar
Revista de Historia Militar
Revista del Ateneo Militar
Revista Española de Defensa
Tierra.

Páginas web

Comienza a ser importante y casi obligado como introducción al mundo de la investigación militar, hacer un repaso por las páginas web que se dedican a él, aunque solo

sea para constatar que muchas son provisionales (y por tanto no sirven para utilizarlas como fuente permanente o para hacer referencias rigurosas) o también para ver qué es lo que le interesa al gran público sobre Historia militar, que casi siempre es algo más anecdótico que científico. Ofrecen imágenes, foros de discusión, y disparates varios, por lo que dedicar demasiado tiempo a estas fuentes puede ser una pérdida de tiempo para el investigador.

Algunas páginas de interés para la Historia militar son las siguientes:

Centro de documentación del Ministerio de Defensa:

http://www.mde.es/./contenido.jsp?id_nodo=4077&&keyword=&auditoria=F

(Contiene referencias a fondos de gran variedad y calidad. Informa de algunas bases de datos fundamentales para el investigador, documentos, libros, vaciado de revistas, boletines oficiales, cartografía, diapositivas, listado de bibliotecas dependientes del Ministerio, etc.)

Foros medianamente serios sobre Historia militar:

http://www.todoexpertos.com/categorias/humanidades/historia/historia_militar_contemporanea/

y también

<http://boards2.melodysoft.com/app?ID=historiamilitar>

Revista de Historia militar:

<http://personal.telefonica.terra.es/web/ihycm/revista/>

Historia a debate (Artículos sobre temas históricos diversos. Destacamos la sección Guerra Civil): <http://www.h-debate.com/>

Premios “Ejército”:

http://www.ejercito.mde.es/premioejercito/index_prmejerci.htm

La documentación que nos encontramos y los problemas para su estudio

El tipo de documentación que encontraremos en los archivos militares es variadísima, lo que explica la multiplicidad de tipos de metodología de investigación. Se ha hecho un gran esfuerzo por lograr un sistema documental común, que ha quedado recogido en una tesis doctoral reciente, la de Isabel Bravo Juega, que pretende elaborar un modelo de actuación para la catalogación de fondos tan heterogéneos como los que son custodiados por cualquier museo militar. El nivel de digitalización es hoy bastante aceptable en los fondos de estos museos y la homologación con el resto de la documentación oficial es completa, fruto de la colaboración con técnicos del Ministerio de Educación y Cultura. Pero no se puede decir lo mismo de todos los archivos militares: aún queda bastante por hacer, muchos archivos militares siguen teniendo una estructura arcaica, y necesitan urgentemente personal especializado y recursos cuantiosos para actualizar su organización.

Seguramente estas deficiencias organizativas de los fondos supongan el escollo más importante para la investigación. Pero a la hora de realizar una investigación concreta, no se sabe por qué, tal vez a causa del factor humano, suele suceder que tras un período de incertidumbre o frustración, se termina encontrando la veta del estudio. Es decisiva, pues, la ayuda de los archiveros, civiles y militares, que te suelen rescatar del laberinto. Por ejemplo, si quisiéramos investigar qué sucedió al producirse una determinada orden de acuartelamiento, por algún suceso político grave o relevante, nos encontraríamos con problemas de dispersión, de heterogeneidad de la documentación, lagunas inmensas, y sin embargo, me consta que en poco tiempo se formaría una red de contactos que nos permitiría llevar a cabo el trabajo.

Desde otro punto de vista, el de la conservación, es grave la falta de digitalización o de microfilmación. Yo prefiero el documento original, claro está, y la confianza que se pone en los investigadores es enorme en este sentido, pero no puedo evitar sentir miedo cada vez que abro un legajo y me pregunto, ¿faltará algún papel decisivo para la investigación? Desgraciadamente, me consta que, a veces, así es.

Algunos inconvenientes son más triviales como el frío, el calor, los ácaros o la falta de acondicionamiento de las instalaciones. A veces llegan a ser una pesadilla. Todos los que hemos trabajado en archivos, no sólo militares, tenemos unas cuantas anécdotas al respecto.

Otros problemas más sutiles y que exigen más detenimiento, son nuestros prejuicios, que se presentan bajo la forma de intenciones apriorísticas: ¿qué queremos conseguir de nuestra investigación? El trabajo directo con las fuentes puede ayudar a esclarecer el pensamiento del investigador no demasiado tozudo. Si, por ejemplo, pretendemos obtener datos para denostar al ejército en el pasado, debemos tener cuidado con investigar de verdad, pues podemos terminar ensalzándolo, al menos en nuestro fuero interno. ¿Pretendemos ensalzarlo? Entonces comprobaremos claramente sus carencias.

En ocasiones, otra posible insuficiencia es la falta de diversidad de la procedencia de los documentos que nos encontramos en los archivos y bibliotecas militares, pues en su mayoría los documentos han sido producidos por militares, lo que dificulta cierta perspectiva exterior al analizar el documento: un informe, petición o concesión generados por militares, conservado en un archivo preparado por militares o un libro publicado, como es lo más frecuente, por autores militares, tiene un sesgo que deriva de la propia condición del militar, profesión que innegablemente imprime carácter.

Esta situación de protagonismo del militar en su propia historiografía arranca de comienzos del siglo XX. Se hacía historia militar buscando la elevación del nivel intelectual del ejército, frente al reto lanzado por los escritores regeneracionistas y de la generación del 98. No había militar que se preciara que no escribiera un estudio histórico militar o simplemente una crónica de sus propias acciones de guerra. Era frecuente, de hecho, que el militar buscara en el pasado una explicación a su propia situación o condición de militar, cuando no hallaba en los héroes bélicos del pasado un trasunto de sí mismo, cayendo en ocasiones en anacronismos evidentes. El general Polavieja, por ejemplo, estudió la figura de Hernán Cortés y buscó en el conquistador de México una justificación para su propia experiencia colonial y política.

Por otro lado, es muy difícil escapar del entorno que a uno le envuelve cuando hace historia militar. A fuerza de consultar papeles cuartelarios, se ve uno metido en la lógica de la disciplina castrense. La imagen mental que se origina al consultar los formularios o los partes de guerra es el cuartel o la mesa de operaciones de un Estado Mayor. La profunda comprensión de lo que significa cada una de sus fórmulas jurídicas, los permisos, los ascensos, imbuirse en la frecuente retórica del discurso, lleva a que resulte difícil distanciarse, juzgar con imparcialidad actuaciones y decisiones sobre las que pesan tantos condicionantes.

La decisión de una persona, y más cuando se trata de un militar que tiene en sus manos los destinos de vidas humanas y destinos de una nación, es, evidentemente, muy complicada. Nada hay más complejo que un solo ser humano, y sus decisiones tienen siempre un trasfondo que es difícil -o imposible- conocer. Por lo tanto, hay que huir de forma equidistante de la crítica simplista y de la excesiva complicidad con el objeto de estudio. Especialmente dañina es esa especie de síndrome de Estocolmo del que se acusa alguna vez a todo investigador que ha vivido en profundidad una biografía, lo que es particularmente probable si se estudia un personaje o un acontecimiento militar, por la procedencia castrense de la mayor parte de los datos que existen a disposición del investigador, por la facilidad con que uno se sumerge en ese particular ambiente histórico y mental. Si además uno ha cumplido el servicio militar y por tanto tiene un referente personal (salvando siempre las distancias) del ambiente y la mentalidad militar, entonces es casi seguro que se corre riesgo de caer en este fenómeno y el investigador debe protegerse.

Por último, no se perdona al ejército el protagonismo político que ha tenido durante todo el siglo XX, olvidando la razón última de su intervención, es decir, la debilidad de la burguesía como clase directora en tantos aspectos de la sociedad civil española. Según Manuel Azaña el ejército español ha servido en España para todo menos para lo único que debería servir:

“Competir con un ejército extranjero en una guerra de carácter internacional. El ejército había tomado en España la preponderancia política que todos conocéis, no por su culpa, ni de la función militar, ni siquiera de los militares personalmente, porque todos nacemos de la misma cantera, sino por la falta de densidad de la sociedad política española, en la cual desarraigados los organismos del antiguo régimen, cercenadas las autoridades y los prestigios que mantenían la disciplina, resultaba que la autoridad militar era la única fuerza existente, el único resorte de mando y de ejecución de que disponían los débiles gobiernos parlamentarios del siglo pasado para hacerse obedecer y aun para conquistar el poder” (Manuel Azaña, *Obras completas*, T. II, p. 86. México, Oasis, 1966)

Azaña mantuvo esta separación del ejército de la vida política de forma escrupulosa, pero la CEDA no dudó en hacerles intervenir en Asturias en 1934, en lo que algunos historiadores consideran el primer estallido de todos los males posteriores. Ha costado mucho que el ejército cumpla sus funciones, nada más y nada menos. Es importante conservar este logro democrático en el que tanto esfuerzo y tacto ha puesto la sociedad

civil y el propio ejército actual. El fantasma de la guerra sólo se cura con paz. La paz puede hacer milagros en España: une al ejército con la sociedad civil, aunque este milagro tenga que ser lento.

En qué momento histórico estamos. Educación para la paz

Vuelve el interés por la historia militar ¿quizá porque entramos en un período bélico? ¿Estamos en tiempo de paz, de guerra, o en tiempo de guerras de baja intensidad, en la pesadilla de la que nos hablaba Orwell en 1984? En realidad las guerras nunca han desaparecido por completo del planeta, pero es cierto que desde la Primera Guerra del Golfo, la implicación de los Estados Unidos en estos conflictos ha sido mucho mayor y ha tenido una gran cobertura mediática que influye en la mentalidad colectiva y por supuesto en la formación que están recibiendo nuestros alumnos. Desde el punto de vista historiográfico, hemos pasado de una época en la que no se consideraba esencial su estudio, tal vez por los excesos en el recuento de batallas de antaño, a otra en la que se resalta de nuevo pero con una perspectiva enriquecida, como hemos indicado, lo decisivos que fueron en la historia los conflictos armados y los ejércitos que los protagonizaron.

Nadie pone en cuestión que las guerras son momentos decisivos, pero también lo es el tipo de paz que conduce a las guerras, así como la economía, los modelos de ejército, las políticas de defensa, y la propia imagen de guerra “preventiva”, quirúrgica, punitiva, de “civilizaciones”... que se baraja en cada época. Y esta imagen influye en la revisión constante que se hace del pasado bélico. Asistimos al resurgir de interpretaciones que fueron casi oficiales en los años cuarenta, por investigadores que no tienen un pasado franquista y que han recibido un enorme apoyo mediático. Es precisamente por esta difusión de viejas y poco documentadas ideas por la que el historiador debe salir a la palestra por más burdo que parezca el debate y aclarar algunas cuestiones: de algo tiene que servir el peso de la historiografía acumulada en la que se ha llegado a muchos puntos de consenso.

¿En qué momento estamos? Es extraño, porque si bien las manifestaciones del pasado año nos muestran el inequívoco deseo de paz, no hay una seria concienciación para la defensa que haría viable que no dependiéramos de otros para nuestra seguridad. No hablo ahora de España sino de Europa. Vivimos una especie de *spleen* defensivo: que defiendan otros. Y podremos mantener esta actitud mientras haya paz o mientras las explosiones resuenan lejos. Pero no es eficaz para mantener la paz. Estas manifestaciones han sido una constante antes de las grandes guerras que asolaron la Europa del siglo XX.

Sigue sin resolver el viejo dilema sobre qué modelo de defensa queremos (el norteamericano nos entra por los ojos en cada asesinato que vemos en las películas de Hollywood, mientras no profundizamos suficiente en un modelo europeo, y desconocemos el suizo, el cubano, el taiwanés...)

En caso de resonar cerca los cañonazos, entonces se levantará la gente como lo hizo en la guerra de la Independencia, en medio de una feroz destrucción, con un impulso y fervor que abarcaría más de la mitad de aquel siglo XIX. Ojalá no haya que apelar a la moral de la defensa a ultranza, que una previsión defensiva haga imposible la guerra. En este sentido sería interesante estudiar las posibilidades del nuevo papel que el ejército está

tomando en muchos lugares en conflicto (al fin un ejército español de proyección internacional) que en algunos casos no es otro que la misión humanitaria.

Por eso, si como historiadores todos estos son temas que hay que considerar fundamentales, como profesores de historia el reto es igualmente significativo, y seguramente más importante que la propia investigación.

Afortunadamente tenemos definido en el currículo que desarrollaba la LOGSE y que no ha sido derogado, el planteamiento que del tema transversal *educación para la paz*, que todos los profesores de secundaria tendrían que abordar, no sólo los de Historia. Esto nos permite hablar de estos temas, pero creo que se está haciendo de forma correcta: el profesor no debe ser un predicador contra la guerra, lo cual sería contraproducente para una mente que se nutre de contradicciones como la juvenil. Es el propio alumno el que tiene que llegar a sus propias conclusiones. El papel del profesor es no ahorrarles información, permitirle el acceso a todos los elementos que faciliten su juicio, plantear actuaciones que ayuden a madurar al joven en su autonomía intelectual.

Incluso la propia historia reciente es difícil enseñarla sin apasionamientos. Yo llevo poniendo en práctica desde hace muchos años un sistema que me da muy buen resultado, y es ni más ni menos que los alumnos investiguen por su cuenta la historia reciente, prohibiéndome cualquier anticipo en las conclusiones. La ventaja que tenemos es la posibilidad de acudir a la historia oral como motivadora y eje de la investigación, aunque nunca como única fuente, pues a la postre termina siendo complementaria.

Trabajos en institutos de educación secundaria sobre la Guerra Civil, el Franquismo, el servicio militar, el golpe del 23 - F, han dado excelentes opciones al trabajo en grupo, han permitido la comunicación con generaciones anteriores, y sobre todo han contribuido que tomen conciencia de su postura ante algunos acontecimientos. Incluso existen importantes iniciativas educativas internacionales para estudiar cómo abordar en la escuela los traumas nacionales. El intercambio de ideas posterior a la investigación escolar, el debate, los trabajos colectivos que finalmente todos ellos (y sus familias) leen, sirven para dar pasos seguros en eso que llamamos educación para la paz.

La existencia actual de guerras sigue demostrando que seguimos sin encontrar un equilibrio entre los diferentes factores que a las guerras conducen y que han de abordarse para evitarlas. El mundo moderno (extraño híbrido entre el imperio romano y los *hippies*) sigue sin saber si se debe preparar la guerra o no para evitarla. Lo que podemos hacer en las escuelas es comenzar a afrontar los conflictos con enfoques constructivos. Hoy por hoy crear una cultura de defensa en la escuela es ayudar a los jóvenes a encontrar y acostumbrarse al camino de la paz en nuestra vida académica, personal y social.